

PARTE SEXTA.

ÚLTIMAS OBRAS DE ECHEGARAY.

CAPÍTULO PRIMERO.

Correr en pos de un ideal.

Eugenio es un pintor de talento, verdadero artista, que sueña con la gloria y el amor, apasionado, y razonable cuando la voz de la pasión le permite oír la voz de la razón; entusiasta por la belleza; impresionable en sumo grado, y, como tal, muy dado á errores y blando á las caricias de la fortuna, como á los golpes del desengaño. Espíritu inquieto, que trabajan encontrados pensamientos; corazón sensible, siempre abierto á los sentimientos más puros, á las más dulces emociones. Eugenio, que es el protagonista de la comedia, ama á su esposa, Sofía, de una manera tranquila, más parecido á la estimación, que es hija del afecto mútuo y tranquilo, de las relaciones continuas y de la consideración social, que á una pasión, que nace de la idealización

del objeto amado, de la apoteosis de sus méritos y de su valor moral. Lo que ama Eugenio es un imposible, al ménos para él, pues no ha visto al objeto de sus ansias amorosas sino en el delirio de la fiebre, velando á la cabecera de su lecho, y no sabe de él ni el nombre, ni la condicion, ni si existe ó ha existido realmente alguna vez. Pero lo busca en todas partes, y en todas cree encontrar sus huellas ó los vestigios de su presencia; cada nombre pronunciado delante de él, se le figura el del sér que adora, y espera encontrarlo; y en esta esperanza, ni rinde al arte el culto entusiasta y constante de otros tiempos, ni da á su esposa toda la felicidad que debiera y ella apetece.

Una broma de Carnaval que le da una persona, que le es muy allegada, un año ántes de comenzar la accion, haciéndole creer en la existencia de su ideal y concediéndole una cita para un plazo que termina ya, contribuye á renovar y mantener la especie de locura que le aqueja y de la que no procura evadirse, aunque le origina más tormentos que delicias, y lo pretenderia en vano, dadas las condiciones de su carácter y las circunstancias que conspiran á agravarla, exacerbándola.

Sofía, su esposa, es una criatura angelical; enamorada de su esposo, en el que cifra toda su ventura, lamenta su desvío, atribuyéndolo á lo que naturalmente atribuyen todas las mujeres el desamor de sus maridos, á otro amor, y considerándose desgraciada, sin que basten á disuadirla de esta creencia las reflexiones de su madre, que es una señora de muy buen sentido, amante de su

hija y celosa de su felicidad, por lo que riñe contínuas batallas con su iluso yerno. Hay tambien un Vicente, que representa la prudencia y la sensatez que faltan á Eugenio, al que ataca por el lado del ridículo, empeñándose en hacerle desistir de sus quiméricas visiones, pero obteniendo el mismo fruto que su suegra. Y, para concluir, hay una doña Rita y un señor de Arolas, su hermano, que sirven para hacer descender á Eugenio de la altura de sus ilusiones, y para dar más colorido y verosimilitud á la accion. Laura no es verdaderamente un personaje, es una vision, el ideal de Eugenio, que aparece un momento para no volver á presentarse.

En el primer acto, Eugenio se desespera por no poder encontrar á su ideal, que pinta á Vicente de esta manera:

Una creacion, *pero real*:
 un sér *con forma terrena*:
 rasgos de un pincel divino:
 colores que calor prestan:
 no del espacio fantasmas,
la mujer, la eterna *Eva*,
 ¡hermosa para el pecado,
 sublime para la idea!

Cuéntale de qué modo se enamoró de ella y la promesa que le hizo de que la veria. Vicente, más positivista, se le burla; pero él sigue más empeñado en su manía. Ha sabido por su suegra que durante la enfermedad en que vió como en sueños la mujer por que suspira, le velaron y asistieron tres personas, cuyos

nombres recoge, sin saber cuál de ellos corresponde á su ideal, esperando cada vez que oye uno, que sea aquél. Cree haber logrado apoderarse de un pañuelo que debe pertenecerle, y resulta, despues de mil excesos, que es de su mamá política. El primer desengaño no tarda en llegar. Anuncian á una de las tres personas representadas por los tres nombres; Eugenio cree ver entrar á su ídolo, y llega Rita; pero Rita es una señora de edad, que tiene muy poco de ideal, y el pobre iluso la descarta de su cuenta, quedando reducidos á dos los seres en quienes espera hallar el que le inspira tan extraña pasion.

En el segundo acto, Eugenio continúa buscando su ideal con más ardor todavía. Ahora se fija en Ventura, cuyo retrato asegura ser uno que hizo de memoria por el de un medallon que vió durante su enfermedad. Recibe una carta en que la máscara del baile del Teatro Real, que le citó para un año despues, le recuerda su promesa, citándole para el mismo sitio aquella noche. Su entusiasmo crece, y más cuando oye anunciar á Ventura, en quien espera encontrar á su ilusion. Nuevo desengaño; Ventura es un señor maduro, hermano de doña Rita, lo cual produce la desesperacion de Eugenio y las burlas de Vicente. No obstante, Eugenio no abandona su idea, y se encuentra, como él dice, siempre dispuesto á *correr en pos de un ideal*, que ahora sin duda alguna es Laura, descartados Rita y Ventura.

En el tercer acto, doña Ramona y doña Rita conspiran contra Eugenio, al que tratan de desengañar y

traer al buen camino; quieren que D. Ventura entre en la conspiracion, y éste sólo se resigna á hacer un papel pasivo. Ramona sabe que Eugenio va á ir aquella noche al Teatro Real á una cita amorosa, y como está en el *quid*, se propone convencer á Eugenio de que se alimenta de ilusiones. Y el *quid* es que la máscara que embromó á éste un año ántes era ella misma, su suegra, la cual, para hacerlo creer á Ramona y Ventura, cubre su rostro con un antifaz, é imita el tono y modales de una jóven, siendo la ilusion completa y explicable el error de Eugenio. Éste, impaciente por acudir á la cita, disimula con todos, y hasta se muestra más cariñoso y atento con su esposa, que está violenta porque algo se le alcanza de la traicion moral de su marido, y le cuesta trabajo fingir una alegría que no siente. Eugenio recibe otra carta de su adorada, en la que le dice que debiendo ir al baile su mujer y su suegra, con el fin de sorprenderle, ella misma vendrá á su casa. En esto entra una mujer disfrazada, que Vicente y Eugenio toman por Sofía; pero al quitarse la careta para colocarse una rosa, aparece en el espejo la imágen de Laura, que desaparece en seguida, apagando la luz que traia al oír un ruido, no sin que Eugenio haya visto en su imágen la del ideal que persigue. Como esto ha sido un juego preparado por Sofía, su madre y Ventura, entra Sofía con el mismo traje que Laura, y tambien con careta; de modo, que Eugenio cree que todo ha sido una ilusion de sus sentidos y que el ideal es su esposa, cuya voz oye, sin que le permita dudar. Duda, sin embargo, y

espera todavía; pero viene el último desengaño á convencerle de que acaricia quimeras. Entra una máscara; Eugenio está ya seguro de que es ella, y más cuando oye de sus labios la contraseña que sólo los dos saben; loco de entusiasmo, la pide se quite la careta, y al ir á extasiarse en la contemplacion de un rostro celestial exclamando:

¡Laura!... ¡mi Laura!... ¡¡mi suegra!!

prorumpe al ver que es la madre de su mujer la que aparece á su vista, por haber sido ella la que le embromó en el citado baile del Teatro Real. Eugenio se rebela un momento contra tan desconsoladora realidad, pregunta por su Laura, y le dice doña Ramona que está en el otro mundo, y no miente, pues debe partir para América al otro día, y sólo por despedirse y ayudar á desengañar á Eugenio se encontraba en la casa en aquella ocasion. Con esto, y con la presencia de su esposa, termina su locura; se arrepiente de ella, se reconcilia con todos, y comprende al fin que *el ideal es el deber*.

Reseñado el argumento, vengamos á la accion. Ésta se desenvuelve con naturalidad, ni apresurada ni lánguidamente, dando lugar á que los caracteres de los personajes, sus intenciones y el resultado de su actividad y manejos aparezcan bien claros y definidos, sin que dejen espacio á la duda; toda ella se concreta á buscar Eugenio su ideal, sin encontrarlo más que un mo-

mento, y luchando con los obstáculos que se le oponen; los personajes conspiran unánimemente al mismo fin, aunque por distintos caminos y medios; las situaciones no son violentas ni rebuscadas, sino originadas de la misma accion, deduciéndose unas de otras, y aquélla es hábilmente conducida hasta el desenlace, que es satisfactorio, natural y justificado, ni imprevisto, ni fácilmente imaginable, llegando cuando debe llegar, y no dejando nada pendiente ni incompleto, sin mengua del carácter de ningun personaje, ni violencia manifiesta en el plan de la obra, que no está mal concebido. No escasean episodios interesantes que, sin desvirtuar la accion principal, ni separar de ella la atencion, la adornan y esmaltan, dándola más verosimilitud y color de naturalidad; ni faltan tampoco incidentes cómicos ó dramáticos que la realzan, ni recursos escénicos, y con discrecion empleados, cuya ausencia perjudicaria bastante á la accion principal.

En cuanto á los caracteres, doña Ramona es una madre amorosa que defiende la dicha de su hija contra la locura de su yerno, de una manera enérgica, pero digna, que da excelentes consejos á su hija y la procura consuelos y esperanzas; es, en fin, un modelo de suegras, por más que Eugenio, en ocasiones, no la haga toda la justicia que se merece. Fuera de las relaciones de familia aparece con cualidades que no perjudican á las otras, y que son perfectamente compatibles, discreta, experta, ingeniosa, hábil para la intriga y gran conocedora del corazon humano y de sus aberraciones,

Sofía, más delicada, es una joven esposa que todo lo cree, todo lo teme y todo lo espera; que se enoja y se desenoja con frecuente facilidad; que ama y tiene necesidad de amar; cándida é inocente, á la que es un crimen hacer traicion, y que se presenta tan simpática, que se la considera digna de la dicha que al fin consigue, atrayéndose toda la atencion, despues de Eugenio.

Vicente es el ángel bueno de todos; bajo su apariencia cómica encierra un gran fondo de bondad y de sentido práctico; contribuye en gran parte á que se consiga un resultado feliz, y no ménos á dar color y amenidad á la obra, con sus prudentes reflexiones, sus felices ocurrencias y su sátira, tan fina como delicada.

Doña Rita y D. Ventura son sencillamente dos figuras necesarias al desenvolvimiento de la accion; pero cuyo carácter, aunque declarado, no ha sido detenidamente dibujado, ni era preciso, por más que el autor aproveche algunas oportunidades para darlos á conocer en breves, pero discretos rasgos, que se lo imprimen decididamente y con bastante fijeza para considerarlos más que como personajes secundarios.

Hemos hablado de los recursos que *Echegaray* ha empleado en esta comedia; son de dos clases: dramáticos ó de efecto, y escénicos ó de interés. De los primeros merecen citarse la salida de Rita en el primer acto, tan bien preparada como hábilmente dispuesta, y con la que termina éste; la de D. Ventura, del mismo género, pero que produce distinta sorpresa en el final del segundo; en el tercero, escena undécima, la aparicion

del rostro de la suegra de Eugenio, á la que éste ha tomado por Laura, cuyo incidente determina el desenlace, con el desengaño total de aquél y el triunfo de la moral de la obra. De los segundos indicaremos el juego de Eugenio y Vicente cuando expiados de cerca por doña Ramona y doña Rita, intercalan una conversacion indiferente y reflexiones propias de la situacion, en la interesante que tenian, y la sorpresa de éstas en la escena cuarta del segundo acto; el parlamento de doña Ramona en la primera del tercero, en que describe los encantos que una mujer nunca pierde, aunque sea vieja y fea, á cuyo efecto contribuye admirablemente el vestido negro y el antifaz con que por un momento cubre su semblante, aunque este recurso más bien pudiera pertenecer á los de la primera clase; el sueño de Ramona, Rita y Ventura, cuando Eugenio está impaciente porque le dejen solo, y la ocurrencia de éste de despertar con una especie de infernal sinfonía en el piano; la aparicion de Laura en el espejo, el juego de la luz que se apaga y la voz de Sofía que oye Eugenio en la oscuridad, y otros que no es posible enumerar, pero que mantienen fija la atencion del espectador al que impresionan agradablemente.

Contiene asimismo la comedia incidentes y episodios que conspiran á dar unidad á la accion, encaminándola derechamente á su término y sirven para dar á conocer el carácter de los personajes, las relaciones que los unen, la influencia que recíprocamente ejercen unos sobre otros y su situacion respectiva, su conducta, sus medios

de accion, su idiosincrasia moral. Escenas hay de sabor exquisito, llenas de dulzura, de sentimiento y de poesía, como la en que Sofía deposita en su madre la confesion de sus penas, de sus dudas y recelos, y ésta procura consolarla usando las expresiones más cariñosas y los conceptos más tiernos que le sugiere su amor maternal, y trata de disculpar á Eugenio, á quien en su interior censura y condena. No le va en zaga, aunque por distinto concepto, la en que Eugenio comunica á Vicente sus ansias, sus esperanzas y sus temores, en que le pinta su extraña pasion y el ideal que persigue y en que Vicente vierte sobre sus ardientes frases el agua fria de las suyas irónicas, escépticas é intencionalmente burlonas y malignas, produciendo un contraste como el que resultaria de la poesía y la prosa de la vida y del amor, que respectivamente representan, aunque exagerando el uno y el otro. Llena de gracia y originalidad es la en que las dos viejas se regocijan recordando con cómica fruicion los tiempos de su infancia y de su juventud, llegando á creerse trasportadas á aquella edad, y no cayendo en la cuenta de que ya pasaron aquellos momentos de dicha, hasta que los achaques propios de la presente se lo advierten, apagando su entusiasmo que iba tomando alarmantes proporciones.

La comedia no puede decirse que sea de tendencias, como se ha dado en llamar á las que encierran en su argumento un problema moral ó social, resuelto ó solamente planteado, ó se proponen algun fin elevado ó

trascendental en alguna de las esferas sociales; pero sí tiene su finalidad bien determinada, que, censurando una falta, señala su remedio, ya que de ella se desprende que el ceder ó dejarse llevar de las aberraciones de la imaginacion no conduce jamás á la dicha y sí al desengaño, que cuando es á tiempo aún da lugar á cerrar las heridas que produjo la locura, y que no debe buscarse en regiones desconocidas é inaccesibles, ni procurarse por medios extravagantes y poco razonables lo que poseemos sin esfuerzo ni sacrificio alguno, siendo la familia y el hogar doméstico el verdadero ideal del poeta como del hombre vulgar, llevando éste á aquél la ventaja de no soñar con imposibles ni quimeras y de contentarse con lo que tiene, sin ambicionar lo que no conoce.

Correr en pos de un ideal es, pues, una obra que puede calificarse de buena, sin ser lo que se llama notable; su concepcion, su desarrollo, su contextura, su forma y su fondo nos dan la seguridad de no ser desmentidos. No importa que su éxito, al ser estrenada en el teatro Español de Madrid el 15 de Octubre de 1878, fuese poco brillante y ruidoso, ni que el público la recibiera con marcada frialdad; aquello tiene fácil explicacion, que á cualquiera se le alcanza; el público pensaba encontrar en una obra de *Echegaray á Echegaray*, y se encontró con otro distinto; iba preparado á sentir fuertes emociones, y las que experimentó, aunque agradables, no eran las con que habia contado; el autor dramático perjudicó al autor cómico; el genio contri-

buyó á eclipsar al talento, la inspiracion al arte, el poeta al literato; y aún debemos decir algo más, para concluir: el autor vió en el asunto una gran obra, y no quiso darla proporciones de tal, y el público... el público casi no vió lo que *Echegaray* habia concebido.

CAPÍTULO II.

Morir por no despertar y Bodas trágicas.

Don Jaime Villena es un caballero noble y valiente, pero tan pobre como hidalgo, porque jamás fué ambicioso ni pretendió favores cortesanos, que bien pudo alcanzar por sus méritos en la guerra y la proteccion y valimiento de muy altas personas, fiando su porvenir á su espada y dándose por satisfecho con una honesta medianía.

Ama á Isabel, hija del conde de Luna, y es correspondido por ella, absorbiendo esta pasion toda su alma y todos los instantes de su vida. En la seguridad de la posesion del objeto amado y de la firmeza y constancia de su cariño, ha vivido meciéndose en las más risueñas ilusiones, hasta que un mandato del Rey impone á Isabel un esposo, que es el marqués de Baeza, su valido, y de antigua nobleza. Loco de dolor y de ira D. Jaime, va á buscar á su amada, la da un beso en la frente y, huyendo de ella, busca en la soledad lenitivo á su tormento, y se dirige á la morada del viejo Pablo, vi-